

Sobre la Marlene y sus Bolones

“Quiero decir, saludable”, dijo el Tío Hugo.

“¿Quieres decir?”, dijo el Tío Alejandro.

“A ver. Me cogió esta diarrea voluntaria. No había descargador en tres días y me pegué tres de estas pastillas contra el estreñimiento. Esto fue ayer por la tarde. De noche me di cuenta que mi problema no había sido tan grave. Y que no estaba tan viejo”.

“No, no estamos tan viejos, todavía”.

Y tenían varios puntos a su favor. Para empezar, no bebían whisky, sino ron (“pero del bueno, porque si no la resaca me mata”). No cocinaban, pero los snacks eran frutos secos (“¡nueces, macadamias, toctes!”). Y la música llevaba voces (pero eran los Replacements, y si hay un sentimiento que los Replacements saben evocar, es el de la nostalgia de los años mozos).

“En todo caso, seguimos siendo buenmosos”, dijo el Tío Hugo.

Quién sabe.

Había tres gradas que tenían que superarse si se quería llegar a los sofás. El suelo era de caoba sintética y los muebles de cuero de oveja. No había animales disecados, pero cambio había un collage abstracto sobre la mutilación de marranos en Europa Oriental. No tenía nada de majadero: la ambigüedad del supuesto camal de acrílico desviaba a las audiencias a relacionar los trazos con el más preciosista retrato de un molino corroído. “Con flores rojas que gotean y tallos de metal. ¿Cómo pretendes confundir la niebla con una cortina de pellejo?”, dijo una vez la Tía Cristina. La Tía Cristina era la esposa del Tío Alejandro, pero no estaba. Al Tío Hugo le agradaba, pero su presencia en el Salón del Estar nunca era tan

sacra, y acá solo se contrarrestaría la necesidad de exclusividad con divinidad. Ni siquiera estaba la Vero.

“Es la primera vez en tanto tiempo que sí tienes hielo”, dijo el Tío Alejandro, y el Tío Hugo prendió un cigarrillo. Cuando el Tío Alejandro regresó de la cocina, estaba consumido en un treinta por ciento. “Te sería más rentable fumar más rápido. Te mareas más”.

“Es por eso que decidí no tener hijos”, dijo el Tío Hugo.

A veces el humor del Tío Hugo es tan negro que se puede despreciar su gesticulación de bufón y se lo puede tomar en serio. El hecho de que la Vero era estéril no ayudaba a producir la carcajada.

El Tío Alejandro se rió.

“Más allá de la salud, ¿cómo estás?”, dijo, y se sentó.

“Bien, bien”, dijo el Tío Hugo. “La Vero también. Creo que es la primera vez que ambos trabajamos. Hay días en que detesto como nada tenerla de colega, pero esos suelen ser los días de las mejores noches”.

“Casi me olvido de tus instintos de sadomasoquismo”.

“No seas radical. ¿Vos, cómo vas?”

“Bien, también”.

“¿La Cristi?”

“Saludable”.

“Es lo que importa”.

“A estas alturas, no creo que haya faceta de su personalidad que pueda sorprenderme. Y gracias a Dios por eso”.

“Una vez superada la menopausia, dicen que es casi soportable”.

“Todo es soportable superada la menopausia. ¿Sí te conté de su simulacro de sonámbula y sus gritos de '¡cástrenme!' en la vereda?”

“Claro. Me reí también”.

“Bueno, el otro día me dijo que fue un suceso de lo más sincero. Que ella no es prima de

Hércules y que no merecía cargar con tal peso genital”.

El Tío Hugo se rió.

“No sabes las que te vienen”, dijo el Tío Alejandro.

“La Vero siempre se consideró de ovulado liviano”, dijo el Tío Hugo. “Pero, claro, ella siempre se consideró tantas cosas. Supongo que disfruto el tolerar sus falsas presunciones”.

“Así ha de ser”, dijo el Tío Alejandro.

Brindaron, informales. Les gustaba ser hermanos, más o menos.

“¿Por qué me llamaste?”, preguntó el Tío Alejandro.

“Espérame un segundo. Putas pastillas”.

“Dime antes, mejor”.

“Yo también le maté al albino”.

“¿Qué?”

“Ya regreso”, dijo el Tío Hugo, y entró en el baño.

El dilema del Tío Hugo radicaba no sólo en su esquizofrenia, sino en la atmósfera en la que se desenvolvía. Por supuesto, era un tipo encantador. Bebía siempre pero nunca se embriagaba y mantenía buen aliento hacia el final del día con cincuenta cigarrillos encima. El Tío Hugo no era de esos canosos desquiciados y despeinados que insultan a los ajetreados desde el otro lado de la vereda. El Tío Hugo tenía clase, y sí, disfrutaba de elepés de lo más bizarros, pero era una compañía consistentemente exquisita, y la verdad es que se llevaba muy bien con sus sobrinos. Su locura era comprobada y su discurso psicópata no era hipotético, pero el Tío no era de esos locos que generaban compasión en su etiqueta y casi nadie le tenía pena. No es que su enfermedad fuese intolerable: era disfrutable, y por eso nadie lo internaría nunca.

“No tienes por qué apresurarte frente a las cortes: yo mismo me internaré el martes”, dijo el Tío Hugo. “Y vos sabes lo intrascendentales que son los cadáveres demasiado blancos”.

“Eso no te quita el homicidio”.

“Como te digo, a nadie le importan esos cadáveres”.

El Tío Alejandro tragó saliva. Le supo a ron.

“¿De veras?”, preguntó.

“Sí. Está todo arreglado: mañana mismo le confiaré a la Vero mis excentricidades y el lunes haré toda la empacada. No pensé en eso antes, pero creo que sólo llevaré libros de poesía.

Supongo que ahora tendré la paciencia de descifrarlos y el tiempo para convencerme de mis interpretaciones. Será como hacerme devoto de nuevo. El martes me recogerá una limusina. Será un buen martes, y eso que ya tuvo que ceder a una buena porción de mis expectativas”.

“¿De veras lo mataste?”

“Ah, sí”

“¿Por qué?”

“Por la Marlene, también. ¿Qué otra razón podríamos tener?”

“Yo no maté a nadie”.

“Bah. Ya estás borracho y ya no convences a nadie. No gastes esfuerzos”.

“Yo no lo maté”.

“Bueno. De seguro yo lo hice mejor, de todas formas. No tienes por qué sentirte culpable”.

El Tío Alejandro no dijo nada.

“También fue mi primer asesinato”.

“No podemos haber matado al mismo tipo”.

“No, por supuesto que no. Eran varios, supongo. Las pericias de la Marlene no podían desembocar en una sola bifurcación. Por suerte, sé que todos fuimos igual de caritativos”.

“Supongo”.

“No fueron los celos. Sé que lo tuyo tampoco fueron los celos”.

“Fueron los celos, estoy seguro”.

“Como te dije, yo lo hice mucho mejor”.

El Tío Alejandro, rendido, acabó con su vaso y se sirvió otra dosis. Todavía quedaba para la

medianoche, pero él no duraría tanto.

“Quizás sí deberías internarte”.

“Ni que lo digas. Como te decía, fue en el río. Vos sabes cómo me gustan esos eucaliptos”.

“Sí”.

“Más que el paisaje, me gusta sonarme la nariz con las hojas. Me quedan las fosas como mentoladas. En fin. No le encontré al albino, el albino me encontró. Yo no estaba agripado, pero tampoco apurado. Hacía fango, y uno no puede caminar rápido sobre el fango. Como ambos estábamos lentos, identifiqué su culpa en toda su magnitud. Hacía frío. El albino no estaba abrigado. Yo sé cuánto le molesta a la Marlene eso de desabotonar camperas, y yo sé cuánto detesta las bufandas, y ya te imaginarás lo repugnantes que me fueron los vellos rubios del antebrazo del albino, todavía erizados, y su fingida calma post orgasmo sólo propio. Qué fácil me fue reconocer su mueca. Me entenderás, vos sobre todos, cómo me identificaba por esas contracciones faciales”.

“No”.

“Puto borracho, no sabes ni de lo que hablo. ¿Será que te falta tabaco?”

“No, me quedan más”.

“A mí sí me falta”.

“Te dije que deberías fumar más lento”.

“No estoy acá para represiones. No me verás en un buen tiempo”.

“Esto es sofocante”.

“Por eso te digo, deberías fumar”.

“No”.

El Tío Alejandro era bastante codicioso con su nicotina. Esa noche no se molestó. El Tío Hugo se demoraba bastante en prender sus cigarros. Esa noche fue más lento.

“No me saludó. Eso no estuvo bien de su parte. Quiero decir, todos conocíamos a los albinos de la Marlene; yo sabía que se la follaban desde que tenía dieciséis. O, quiero decir, se los follaba ella. Es una buena clarificación: esa tarde lo vi tan similar a un bistec. Para

otros ojos, claro. Lo vi tan inhumano. Quizás por eso me fue tan accesible la idea de matarlo”.

“Escúchate”.

“Cállate, lo hiciste vos también”.

“No por cara de res”.

“Qué ebrio estás. Bueno. Vos sabes cuánto me molesta la falta de etiqueta. Le saludé yo, como sermoneándolo. Seguro el fango imprimió ofensa a mi gesto. El fango lo arruina todo, solía decir la abuela. No lo comparto, pero comprendo. El albino, superado, me tuvo que saludar también. Y me dio este poder inmerecido de patrón que vos sabes cuánto detesto”.

“Detestas tantas cosas”.

“Viste, ya te pusiste ofensivo. Me da igual, estás borracho”.

“No estoy borracho”.

“Se sintió como inferior. De nuevo. Me enerva el mantener el feudalismo en la familia”.

“Hablas tantas ridiculeces”.

“Y cómo las disfrutas. Le pregunté de dónde venía. Me dijo que de ningún lado. ¡Me dijo que de ningún lado! ¿Ahora entiendes que no fueron los celos?”

“No”.

“Cómo vas a entender en ese estado. Encontré la raíz de todas las bifurcaciones rencorosas: el compartir a la Marlene con un tipo tan subordinado. Me molestó que la Marlene no ejecute la discriminación”.

“¿Fue xenofobia, entonces?”

“No, por supuesto que no. Miedo, nunca. No así, porque sí lo vi como una amenaza. Más que el sentirme intimidado por estos encantos místicos de los hombres demasiado blancos, fue la seguridad de que él no podría comprenderla”.

“¿Y puedes vos?”

“Eso es lo curioso de la Marlene. Por supuesto que la comprendo. Si es una mujer tan simple. Tan universal. Podría seducir a Pilates y a Barrabás. Sus creaciones son tan

efímeras: su única obra trascendental es la receta del bolón. Es hasta estéril. ¿Crees que mi debilidad en el sexo opuesto sea la infertilidad?”

“No sé”.

“No, seguro fueron los bolones. Ni siquiera se ve tan bien”.

“No, pero la Marlene es una buena mujer, y lo sabe. Uno no necesita nada más que ese conocimiento del conocimiento”.

“Dios mío, te sinceraste. Debes estar al borde de la intoxicación”.

“No estoy borracho”.

“Tienes razón. Es una mujer especial, y estaba claro que el albino no se la merecía”.

“No sé si alguno de nosotros la merecíamos”.

“No, si somos asesinos. Soy un tipo tan inseguro, a ratos. Gracias a Dios por la Vero. Me adula tanto”.

“Pero no tiene la menor idea sobre cómo manejar tus estreñimientos”.

El Tío Hugo se rió. El Tío Alejandro estaba tan aleatorio.

“De seguro sentiste esos sudores no al matarlo, sino al desenvainar el revólver. Ni siquiera al desenvainarlo: al considerarlo”, dijo el Tío Hugo.

“Yo no maté a nadie”.

“Hubo un momento que, como los meseros amateur, mi frente era un géiser de espuma. Amarillenta, inodora, fruncida. Indagué en el albino, como inquisidor. Me dijo que venía de su casa. Que estaba apurado. Como te dije, me encontró él a mí, y estaba tan lento. Su desaceleración era tan falsa. Yo sé tantas cosas sobre el fingir de las velocidades. Entonces le pregunté si se había follado a la Marlene. Él me respondió que ella se lo había follado a él. Me gustó el comentario, por eso lo robé. Pero, ¿hay algo más humillante que la astucia sorpresiva? ¿Hay un factor más descaradamente agravante? Digo, yo no tengo hijos y nunca los quise tener. Si los tuviese, nos los zurraría nunca, excepto por las respuestas así.

Imagínate: entrar en el cuarto a reprenderlo por no remover los brassieres de sus conquistas del sofá de la sala y que el te recite las medidas de los pechos y la inevitable sofocación por el

algodón. Lo golpearía tanto, por bufón. Con todo el amor del mundo, pero tanto. Quizás esa adorable infertilidad sea una bendición”.

“La Vero no te dejaría”.

“No serían de ella”.

“Buen punto”.

“Al albino, por supuesto, no lo germiné yo. No le tenía ningún afecto. Quiero decir, antes de que entienda que compartíamos a la misma costeña, me era indiferente. Fue solo luego, cuando escuché sus gemidos discontinuos en el sótano, que entendí que su existencia me era tan enfermiza. Y yo siempre supe que la Marlene me era tan superior. Al principio, ni consideré dudar de ella. Pero, digo, es una mujer tan poco compleja, que bien podía estar equivocada. Tiene poquísimas capas, y si cometiese un error, no tendría como justificarlo. A la Marlene siempre le faltan argumentos, por eso nunca discute. A veces, me parecía que era solo carnal. Pero entonces me hacía entender de la simpleza de la vida. Seguro estaba tan equivocada, y cómo quise remediarla”.

“Podías haberle consultado”.

“Claro, debí haberle consultado. Pero, entonces, nunca hubiese llegado esa euforia de doble filo que sacudió mi cuerpo como una epifanía irrepetible y que me obligó a reirme del comentario del albino y a indagar en los detalles de su siniestro pasional. Al albino ahora lo consideraba picaresco, entendedor de humores más sofisticados y más profanos, y seguro me nutriría de los detalles necesarios para compilar un prelude memorable a su fallecimiento. Él, supuse, no interpondría traba alguna, y, es más, añadiría cualquier exageración para hacer de su muerte un acontecimiento más cinematográfico”.

“Todos sufren de sobre-exposición: a la cámara su raza no le hace ninguna gracia”.

“Y ahora quién es el racista”.

“Solo digo lo que sé”.

“Muéstrame tu Casablanca”.

“No seas grosero”.

“Borracho presuntuoso”.

“Pero simpático, cuando no debería serlo”.

“Pero por lo mismo. Tuve que, en circunstancias aterradoras, porque ya estaba casi seguro que iba a matarlo, asumir una sabiduría mayor y más encubierta que la mía. Más de adentro. Y claro, el hijo de puta me respondió con un monólogo no sobre su coito, sino sobre ella. ¿Ahora entiendes que no fueron los celos?”

“Ahora creo que sí estoy borracho”.

“Por lo menos sé que me estás tomando en serio”.

“Es que te voy a extrañar”.

“¿Qué, no crees que lo maté?”

“No puedes haberlo matado. Lo maté yo mismo”.

“Bah. Eres tan necio y estúpido cuando estás borracho. Debí haber sido más breve”.

“Es lo que te digo, estás más grosero. No sé si tengas que internarte, pero mal no te vendría un manual de urbanidad”.

“O algo que me corche el estómago”.

“Si quieres, espero”.

“No me vengas con la misma amabilidad fingida”.

“Pero el albino no fue amable, ¿verdad?”

“No. Por supuesto que no. Un hijo de puta. Me dijo cómo le derretían los retazos de queso fresco y cómo le besaba el cuello mientras ella preparaba el chicharrón. Cómo no sabía de ella por días, semanas, y que cuando la veía, le decía cuánto lo había extrañado. Decía que era por el añoramiento que fornicaban tanto. Sí, a mi me decía lo mismo”.

“Sí”.

“¿Y si la puta es ella?”

“No creo. Ella es tan simple”.

“Sí, tienes razón. Me trazó los mapas de mi propia relación. De cómo la adulaba yo mismo. De cómo le estropeaba las camisas. De cómo se demoraba tanto en ponerla risueña, de

cómo siempre tenía éxito; de cómo ella odiaba demorarse en desvestirlo y amaba demorarse en todo lo demás. De cómo parecía que cada vez era la primera vez. Y se susurraban tantas cosas. Fue terrible: no por ella, por mí”.

“No fueron los celos”.

“No fueron los celos, fue el sentirme replicado. Fue el entender que yo le repartía las mismas vibraciones, las mismas exactas putas vibraciones que el primer albino genérico. O, según vos, el segundo”.

“Siempre son las mismas putas vibraciones. Por eso los celos. Las vibraciones llevan a la posesión”.

“Posesión”.

“Posesión. Uno no se siente dueño de los abrazos, de los besos, de la prohibición de las bufandas. Son las vibraciones”.

“Sí, son las vibraciones. Pero, entenderás, somos tan diferentes. Y producimos lo mismo. Al final, el albino me hizo entender que era solo una contracción”.

“¿El albino sabía del compartimiento?”

“Lo supo a medio discurso. ¡Qué hijo de puta! Apenas entendió de las similitudes, desembocó en más detalles. Claro, había entendido antes que se iba a morir. Para entonces, me pareció que su muerte no era suficiente castigo. Fue tan cruel. Lo iba a matar y tenía derecho a una represalia. Pero no de esas”.

“No puedo ver cómo su asesinato fue superior al mío”.

“¡El fango! ¡Los eucaliptos! ¡La desaceleración! Qué crees, ¿que lo valoré según cuánto lo disfruté?”

“No fue mejor que el mío”.

“No quiero escuchar tus testimonios, estás demasiado borracho”.

“Ni siquiera fue más cinematográfico”.

“Tu lente es demasiado vanguardista y tus diálogos demasiado polvorientos. Con una combinación de esas, cualquiera pierde el talento”.

“No te aproveches de mi borrachera”.

“Y, creo que me está cogiendo a mí también. Bueno. El desgraciado entonces me dijo cómo, a su décimo tercer encuentro, la Marlene le hizo pasar a la cocina, y, antes de despedirse, le entregó esta bandeja en espuma flex. Le besó tres veces al cuello en la más apurada de las trayectorias y le susurró 'la fecha del próximo diluvio'. ¿Sabes qué le respondió?”

“¡Qué hijo de puta!”

“Que estaba equivocada, porque nadie, ni siquiera la lluvia, tenía manos tan pequeñas”.

“¡Qué hijo de puta!”

“La puta no es ella, tienes razón. Es solo su poema favorito. Solo estimuló a que expulsemos los mismos estímulos. Supe que a la Marlene no le dolería la exterminación de otra fuente: le sería tan fácil conseguir otra. ¡Y el albino era tan diferente! ¡A mí, a vos, era tan diferente! ¡Tan cruel!”.

“Increíble”.

“Lo maté a cuatro balas en el tórax y tras dos rogadas por misericordia. Fue un festival de sangres y de entrañas, tan violento y tan propicio. Me dije, mientras disparaba por tercera vez, que nunca más mataría a un hombre. Pero este se lo merecía tanto”.

“Sí. Qué hijo de puta”.

“Voy al baño. Ahora sí ya no me puedo aguantar”.

Cuando el Tío Hugo salió del baño, ya no sonaban los Replacements, solo el inodoro.

“Te voy a extrañar”, dijo el Tío Alejandro.

“Sí, yo también”, dijo el Tío Hugo.

“Pero no sé cuánto creerte”.

“No es tu obligación”.

“La verdad es que sí eres bien loco”.

“Y tú eres bien borracho. ¿Cuál es la diferencia?”

Ninguna. El relato estremecedor del Tío Hugo era todo ficción. Por su parte, el encuentro de “¿A dónde vas, corsario blanco?” del Tío Alejandro (“y es que el desgraciado estaba tan pálido”) y su retirada hacia la casa del árbol y las costillas que volaban no hacia los cuervos sino hacia las pirañas y el desmorone de Candela, la yegua, sobre la orilla y la masacre tan reminiscente al acrílico del Salón del Estar-- bueno, nada de eso había sucedido. El albino era uno, estaba vivo, y se la estaba follando. O, quiero decir, ella se lo estaba follando a él.